

## CAPÍTULO XIII

## Comida, halagos y amenazas

Inmediata al lujoso sofá, donde se habían sentado el matrimonio Robles y su misántropo visitante, se alzaba, sobre metálico, reluciente y dorado pie, una mesita de fino mármol, en la que se posaban caprichosos objetos de lujo y fantasía. Era el principal de ellos una licorera de fino cristal dorado, en forma de locomotora; rodeábanla una docena de primorosas copitas, en la caldera de la locomotora, llenándola como hasta la mitad, brillaba con opalinos reflejos el coñac prometido.

Llenó el Chango una copa que puso en manos de su amigo, sirvióse otra él mismo, haciendo á su esposa una señal que significaba demanda respetuosa de permiso. Pacotillas, de pie, con la diminuta copa en la mano derecha, se inclinó gravemente ante la desmedrada dama, y al chocar su copa con la de su amigo, dijo, con el tono sentencioso que le era habitual y dirigiéndose á la señora:

— Porque usted recobre su interesante salud.

La dama inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, los amigos bebieron y se volvieron á sentar á uno y otro lado de la achacosa dueña de la casa.

El Chango estaba alegre y decidior, sus ojos brillaban de júbilo, rebosaba en toda su persona esa satisfacción que embriaga á los que se encumbran, y que llega al más alto grado cuando están en presencia de los que

fueron testigos de sus penurias. No se cansaba de hablar, con modestia aparente, pero reventando de vanidad, de los ricos objetos que llenaban su salón, so pretexto de enseñarlos, encarecía la suprema calidad de los unos, el exquisito gusto de los otros y el subido precio á que había adquirido casi todos.

No podía estar quieto, á cada momento dejaba su sitio, hacía á la esposa alguna caricia, sacudía reciamente el hombro de su compañero, le conducía á distintos puntos del salón para que contemplase de cerca los objetos más preciosos, hacíale tocar los tapices de Gobelinos, hacíale admirar las curiosas incrustaciones de un álbum, deteníale ante un grupo de bronce ó ante la singular carátula de un reloj.

El desarrapado estudiante de hacía dos años, el que no siempre comía á sus horas, el que casi nunca comía bien, el que dormía en desvencijados catres y habitaba en pobre cuarto, habíase trocado como por ensalmo en gran señor, en propietario, en personaje, en hombre de influjo; era el dueño de aquella hermosa casa, de aquellos lujosos muebles y de las innumerables chucherías que brillaban deslumbradoras sobre mesas y consolas.

El salón, aunque algo churrigueresco y recargado, ofrecía un aspecto majestuoso; el matiz oscuro de colgaduras y tapices amortiguaba los deslumbradores rayos de luz que inundaban el local. Con tanto lujo, hacían mezquino contraste el empolvado traje de Pacotillas y el aire marchito de la señora, la cual, entre tanto objeto brillante, producía el efecto de un insecto gris torpemente posado en rica flor.

—¡Cuánto siento que mi Rosita no esté bien! te tocaríamos una pieza á cuatro manos, para que conocieras la habilidad de mi prenda y las buenas voces de ese piano; para que siquiera juzgues de lo último, voy á permitirme darte una cencerrada.

Y diciendo y haciendo sentóse delante del piano, buscó en diversos papeles de música como si estuviera indeciso acerca de lo que ejecutaría; y, por último, se resolvió á tocar unas variaciones sobre temas de Marina, arregladas por el maestro Ituarte.

Resonó agradablemente el amplio recinto del salón, henchido de las sonoras notas que, del armonioso instrumento, sacaba con cierta habilidad el afortunado joven, que no quiso perder aquella oportunidad de que su amigo viese cuán dignamente poseía el lujoso piano, y cuán pronto había adquirido las habilidades que se estiman entre gentes de buen tono.

—Te felicito,—le dijo Pacotillas,—no sabía que fueras pianista, te guardaba el secreto.

—Sólo soy aprendiz,—contestó el Chango, fingiendo modestia;—como debes comprender, sólo he dedicado á este ejercicio los ratos que me sobran; mi mujer sí que es maestra, Chopín, Gottschalk, Schubert, Mendelssohn, son juguetes para ella.

En este momento un criado anunció que la mesa estaba puesta. Pacotillas se apresuró á ofrecer galantemente, el brazo á la dueña de la casa, que lo tomó con lánguidos movimientos; atravesaron el hermoso corredor, á cuyo extremo abría el comedor las grandes hojas de su elegante puerta.

Por más que Pacotillas se resistió, era tal el empeño de Robles en distinguirlo y honrarlo, que tuvo que consentir en ocupar el puesto de honor; la señora se sentó á su derecha y el dueño de la casa tomó asiento á la izquierda del bohemio. Dos criados servían la mesa, uno distribuía los manjares y el otro escanciaba los vinos.

Rosita estaba, por decirlo así, de cuerpo presente, pues no comía, ni bebía y apenas conversaba; los manjares que le estaban destinados eran sencillos y desabridos, como lo requería su delicado estado de salud, se redujeron á una sopa aguada, á una costilla de ternera y á dos huevos tibios; Pacotillas, sobrio como siempre, comía poco más que la señora; en cambio Robles comía por tres, é hizo honor á su buen apetito, enguyendo la sopa de tortuga, la de ostiones, chupando los espárragos, devorando el pescado, la langosta, la carne de ave y de res, que, en diversos y bien condimentados platillos, fué servida. Asimismo apuró con manifiesto deleite el sabroso Jerez, el delgado Sauterne y el exquisito Burdeos, que en su oportunidad fueron escanciados.

—Muy distante estarías de comer hoy conmigo,—dijo á Pacotillas, cuando engullía la sopa de tortuga.

—Es verdad; ayer comí con Patillitas.

—¿Y qué dice ese buen muchacho? Yo no sé qué les pasa á mis condiscípulos, sin duda me creen orgulloso y ensoberbecido con mi posición. ¡Cuánto se engañan! yo me acuerdo mucho de todos, y en medio de las comodidades que me rodean recuerdo con deleite nuestra vida de colegial; ¿por qué razón había de enorgullecirme? no es á la verdad mi mérito lo que me ha conducido

á esta situación, sino ciertas circunstancias favorables.

—Es natural que nos hayamos retirado de tí,—dijo Pacotillas,—tienes muchas ocupaciones; á nosotros no nos faltan, aunque de un carácter mucho más humilde.

Sobre este tema hablaron un rato más, mientras sirvieron los primeros platillos, mostrándose Robles, afectuoso y expansivo, y Pacotillas, serio, circunspecto y grave, aunque se esforzaba en manifestarse amable. Serian contadas las palabras que Rosita se dignó pronunciar, unas eran variantes sobre el tema de sus achaques, otras eran para preguntar algo á su marido, y otras eran la repetición del vocablo ¡gracias! para responder á las atenciones que Pacotillas le demostraba.

Una de las veces que más habló, fué para decir que le disgustaba el comedor, que le dolía la cabeza y le lastimaba la vista la luz roja que dominaba en él; pero éste, agregó, señalando con la vista á su marido, se empeñó en cubrir esos claros con cristales rojos; al principio también á mí me gustó la idea, y como no estaba yo tan mala, entonces pasó; pero ahora es uno de mis tormentos.

—Tienes mucha razón, prenda mía,—le contestó Robles con tono meloso;—la luz roja fatiga tu retina, y, excitando tu pobrecito cerebro, te causa la cefalalgia de que te quejas; pero todo lo vamos á remediar, voy á cerrar esos claros y los abriremos en la otra pared, que no recibe el sol de tarde.

A medida que los platillos iban siendo gustados y que se apuraban los vinos, la conversación de los dos amigos se hacía más ruidosa, haciendo Robles el principal gasto,

pues su convidado se limitaba á contestarle. Preguntó el anfitrión por muchos de sus discípulos, habló de los profesores, evocó diversos recuerdos de la vida escolar, y luego volvió á hablar de si mismo, lamentando no haber seguido sus estudios; desenvolvió este tema un poco más de lo justo, hasta el grado que la displicente y puntillosa Rosita se dió por aludida, y haciendo un esfuerzo sobrehumano dijo:

—¡Cómo me puede ver que no estás contento con tu suerte! ¡me da sentimiento pensar que por mí cortaste tu carrera!

Al oír el Chango tan inesperado reproche se deshizo en excusas, en satisfacciones y en halagos; entró en explicaciones, hizo aclaraciones, habló de la voluble naturaleza humana que nos hace recordar con gusto lo pasado, aunque no haya valido la pena, y para cerrar con llave de oro su discurso recitó los conocidos versos de Jorge Manrique.

La señora quedó satisfecha, las frases de su marido, henchidas de lisonjas y piropos, curaron la leve herida de su quisquilloso amor propio. Pacotillas no se sentía bien, el anfitrión le era poco simpático, el lujo de la casa le hartaba, le fastidiaban los melindres de la señora y los halagos de Robles le empalagaban. ¿En qué parará toda esta farsa? se decía á menudo.

Oyóse de pronto una detonación sofocada, el criado había destapado una botella de Champaña y vertía el contenido en la ancha copa de Pacotillas, sirviendo después al amo de la casa. Los dos amigos chocaron las copas y bebieron.

Platicaron todavía un rato, después de lo cual, la achacosa Rosita pidió permiso para retirarse; le era imposible soportar por más tiempo aquella luz, que inundaba cada vez más el comedor; sólo en su recámara se sentía bien. Despidióse, pues, de Pacotillas con las frases que en tales casos dicta la cortesía, luego se despidió de su amable esposo, que le dijo mil ternezas, haciéndole discretas caricias.

Cuando quedaron solos los dos amigos, invitó Robles á Pacotillas á que pasaran al estudio á tomar el café, para que éste viera sus libros, admirara el panorama que desde allí se descubría, y ocuparan la tarde charlando de muchas cosas; pues aunque tengo mucho que hacer, agregaba, te quiero consagrar este día. ¡Que el jefe se fastidie!

Pacotillas accedió á todo, pues no podía hacer otra cosa; salieron de nuevo al corredor, y una elegante escalera los trasladó á la azotea, sobre la que se abría lo que llamaba Robles su estudio.

El panorama que se descubría desde allí era en efecto muy hermoso, y, de todo lo que había visto Pacotillas en la casa de su amigo, fué lo único que verdaderamente le deleitó: la gran ciudad se extendía hacia el oriente, lanzando al aire sus numerosas torres, ostentando por aquí y por allí espesuras de follaje; mas allá se distinguía la faja azul del lago, y en último término el gigante muro de la cordillera, coronado por la cima nevada de los volcanes.

El estudio del Chango se componía de dos piezas, primero había un saloncito profusamente adornado, pues la

vista del Chango no se hartaba de objetos hermosos, y los hacinaba en torno suyo. De allí se pasaba á la biblioteca, vasto salón cuyas paredes estaban cubiertas de rica estantería, hallándose los estantes repletos de tupidas hileras de libros soberbiamente empastados.

— Estamos en mi isla de Patmos, — dijo el Chango al entrar, — estas dos piezas son mi retiro, hasta aquí no llegan los ruidos del mundo, aquí vivo esa vida sin formas de la idea de que habla Becquer; si tú fueras más amable, consentirías en venir algunas tardes, no te faltarían libros; este estante contiene las obras maestras de la literatura moderna, aquí tienes una magnífica edición de Shakespeare, las obras completas de Byron, las de Milton, en fin, toda la poesía inglesa.

Conforme hablaba, el engreído poseedor de tantas y tan buenas cosas se acercaba con su amigo á los estantes, y ponía en manos de Pacotillas algún volumen, para que admirara el lujo de las pastas, lo esmerado de la impresión, y lo artístico de las ilustraciones.

— Aquí tienes la *Mesiada* de Klopstock, aquí las obras de Schiller, aquí las de Goethe; pero lo más completo y mejor que tengo es mi colección de autores franceses; mira, qué hermosa edición, consta de cuatrocientos volúmenes, y comprende desde Rabelais y Marot, hasta Gautier, Musset y Víctor Hugo; en ella te encuentras todo, ó á lo menos lo principal: Racine, Corneille, Molière, Boileau, Voiture, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Larmartine.

Siguió el Changuito enseñando las obras más notables de su, en verdad, rica y selecta biblioteca. Pacotillas,

encantado con la vista de tantos y tan buenos libros, gozó por primera vez en todo el día, olvidó en casa de quien estaba, y dejó de pensar en los medios poco nobles que habían servido para acopiar aquel rico tesoro, que de todo lo que poseía su amigo era lo único de que él sentía carecer. ¡Qué grato le hubiera sido ser dueño de aquella biblioteca, cómo se engolfaría en la lectura, cómo se abismaría en el estudio, y cuánto enriquecería su espíritu con el diario comercio de aquellas obras escogidas!

Más de una hora duró la revista de aquellos libros. Pacotillas, dejándose llevar de su entusiasmo, se apartó por primera vez de la conducta que había observado todo el día; había acogido con frialdad cuantos primores le había enseñado su amigo, tratando de deslumbrarle, y cuando era preguntado sobre el mérito de los objetos, los elogiaba por mera cortesía. En esta vez tomó él la iniciativa, y no se contuvo en expresar el vivo entusiasmo que la biblioteca produjo en él.

—Contiene cinco mil volúmenes,—le dijo Robles contentísimo,—en números redondos, me costó diez mil pesos, fué una adquisición brillante que pude hacer, gracias á mi posición especial; me fueron remitidos directamente de París á precio de catálogo por un amigo que desempeñaba una comisión del ministerio.

—El café está servido,—dijo desde la puerta el criado que en la mesa escanció los vinos.

Los amigos pasaron al saloncito á tomarlo, y si Pacotillas hubiera estado dispuesto á admirar la fastuosa elegancia de su amigo, se hubiera extasiado sin duda ante

el magnífico juego de porcelana de Sevres, en que iban á tomar la oriental y aromática bebida.

Arrellanados en cómodas butacas, aspirando con deleite el humo de sus cigarros, tomaron los primeros sorbos. Robles, como lo había hecho en todo el día, fué el que rompió el silencio; pues su amigo, una vez fuera de la biblioteca, volvió á caer en su indiferencia; lanzando, pues, una gruesa bocanada de humo, dijo Robles:

—Ya podemos hablar con libertad, querido Paco; gozemos, si te parece bien, uno de aquellos ratos de expansión á que nos entregábamos tan á menudo, antes que las circunstancias de la vida nos separasen. Supondrás al verme tan confortablemente instalado, y al considerar que todos mis negocios me han salido á pedir de boca, que soy completamente feliz, que he llegado al colmo de la ventura humana y realizado el *summum bonum* de los moralistas antiguos.

En cierto modo sí, pues en poco más de un año he adquirido lo poco que poseo, y me parece que voy por buen camino. Mas ¡ay, amigo mío! ¿en qué cielo, por hermoso que sea, no hay nubes? No me quejo; quiero simplemente darte una prueba de amistad y de confianza diciéndote lo que me molesta, ya que te consta lo que me halaga. Mi esposa es muy buena, como lo habrás notado; pero sus continuas enfermedades, su frialdad, su carácter desdeñoso, y francamente, chico, hasta su figura no hacen agradable su compañía. Yo soy muy artista, mis sentidos son muy exigentes, quiero estar rodeado de objetos hermosos; con que ya te harás cargo.

Viene luego el capítulo de mis suegros: Don Librado,

aunque de apariencia bonachona, es insufrible para quien tiene que tratarle bajo el pie que yo. Cuando me casé se portó con verdadero esplendor, figúrate que como regalo de boda dió á mi mujer sesenta mil duros en efectivo; con esa suma fabriqué esta casa, y la amueblé del modo que has visto. Ya sé que los habladores se hacen cruces, por lo que llaman mi repentino enriquecimiento, y juzgan que lo que tengo lo he adquirido robando á la nación; ya te dije cuál fué el origen de mi fortuna, el más legitimo como ves.

Volviendo ahora á don Librado, el muy marrullero ha tratado de reembolsarse sus sesenta mil duros, utilizando mi influjo en el ministerio, y queriendo hacer por mi mediación fabulosos negocios; no me deja vivir, diariamente me acosa con pretensiones nuevas, algunas de las cuales rayan en lo absurdo.

Viene ahora mi suegra, y esto es lo más negro; la muy indecente vieja es finchadísima, presuntuosa hasta lo inverosímil; afirma en su vanidad que soy un ente, un ser salido de la nada, un gusano de la tierra; que sin Rosita nada valdría, y tiene la desvergüenza de hacérmelo entender así. Una vez me dijo:—Robles, cuide usted mucho á Rosita, es su mascota, le trajo á usted la buena suerte; el día que ella le falte, quien sabe si vuelva usted á las andadas.

Como yo soy tan guasón eché aquello á risa, pero me hirió en la dignidad. Para esa vieja condenada es un artículo de fe que su hijita es una prenda delicada y frágil, y que yo la he estropeado con mis brutales instintos de animal. Una vez, entre chanzas y veras, me dijo:—Oiga

usted, Robles: Rosita, aunque de contextura débil, había sido siempre de buena salud; me extraña que desde que se casó no haya podido tener día bueno; modérese usted, hombre... Tuve que moderarme en efecto, porque mis manos sintieron comezón de tratar á aquella vieja con la violencia y brutalidad que me atribuía.

Este largo discurso no lo dijo el Chango de un tirón, se interrumpía para tomar tragos de café, ó para hacer á Pacotillas preguntas incidentales, que éste contestaba con su laconismo habitual. Todavía se extendió algo más sobre sus cuitas caseras, y los defectos de sus suegros; y después, cambiando de tono, dijo:

—Ya te habré fastidiado hablándote de mí y de mis asuntos; ahora debes corresponder como buen amigo hablándome de tu situación.

—En muy pocas palabras te la puedo pintar: prosigo lentamente mi carrera, y con más ó menos dificultades y trabajo me gano el pan.

—¡Espartano! haces mal en no tenerme confianza, ¿cómo voy á creer que no apetezcas algo, que no quieras mejorar tu condición?

—No digo eso, apetezco muchas cosas, quisiera salir de pobre; pero me conformo con mi situación.

—¡Tonto que eres! yo puedo hacer mucho por tí, porque te quiero bien, y de buena gana te proporcionaría más de un medio para que tu condición mejore.

—Te agradezco mucho la buena voluntad, pero no encuentro modo de utilizarla.

—Mira, Paco, hablemos con franqueza; por más que te empeñes en asegurar que estás contento con tu situa-

ción, no lo puedo creer; lo que sucede es que eres muy orgulloso, que no quieres pedir nada á nadie, eso está muy bueno con los extraños; pero cuando yo, tu condiscípulo y amigo, me anticipo á tus deseos, y te hago ofrecimientos...

—Te los agradezco, y te ruego que respetes mi libertad de acción.

—¡Qué testarudo eres! Vaya, consiente por lo menos en esto, sepárate del *Independiente*; yo te ofrezco proporcionarte recursos para que fundes un periódico propio, que te produzca lo menos el doble de lo que don Marcos pueda darte; además te conseguiré una pensión para fomento de tus estudios, y si más quisieres, más se te puede conseguir.

—Pero si nada quiero; á don Marcos le debo consideraciones y no puedo ser inconsecuente con él, — dijo Paco, —al mismo tiempo que para sí decía:— ya pareció aquello.

—Eres atrocemente intransigente, —le dijo el Chango; —en fin, eres muy dueño de tu suerte, y no insisto mas; pero ahora te voy á pedir un favor, rogándote encarecidamente, en nombre de nuestra antigua amistad, que convengas en ello: no sigas tratando en los boletines la enojosa cuestión sobre que has estado escribiendo.

—Siento en el alma no complacerte, pues me he formado el propósito firme de estudiar ese asunto bajo todos sus aspectos.

—Eres más porfiado que un vizcaíno: ¿no comprendes que con eso me haces un perjuicio personal, y me expones á la maledicencia pública?

—No sé por qué, no he pronunciado tu nombre ni lo

pronunciare jamás, ni eres tú el responsable de ese contrato.

—Pero no seas niño; aunque no me nombres, aunque legalmente no se trate de mí, sobre mí recae lo odioso del negocio.

—Odioso ó no el papel que hagas, no tengo yo la culpa; tú lo has elegido libremente. Tú obras y yo juzgo; los dos estamos en nuestro derecho.

—En resumen, Paco, si sigues escribiendo como hasta aquí me haces un perjuicio, me atacas.

—No es esa mi intención, ni creo que sea tal el resultado de mi proceder.

—Pues ya que me atacas me concederás el derecho de defenderme.

—Concedido, —le contestó Paco con frialdad.

—¿Y sabes que tengo muchos medios de hacerlo?

—Lo sé, y me tienen sin cuidado.

—Paco, tú me desprecias, —dijo el Chango con enojo.

—No, simplemente te contesto, —repuso Paco con frialdad.

—Por última vez, voy á hacer el resumen de la situación. Si consientes en separarte del *Independiente*, tendrás cuantas ventajas quieras y pueda yo proporcionarte; otro tanto sucederá si accedes, por lo menos, á no hablar más del contrato. ¿Admites?

—Ya dije que no, —contestó Pacotillas con dignidad.

—Bien, á mí se me hacía muy duro proceder contra un condiscípulo, á quien siempre he estimado por sus talentos y grandes esperanzas; por eso quise hablarte antes y darte pruebas de estimación, mas ya que te obs-

tinias, te anuncio que voy á perseguirte criminalmente.

—Gracias por el aviso.

—¿Ya reflexionaste que serás procesado, que irás á la cárcel, que saldrás sentenciado?

—Sí, de todo me hago cargo, y á todo estoy resuelto; ahora permíteme que te diga que agradezco la bondad y galantería con que me has tratado; pero como, según parece, te proponías inducirme á guardar silencio y á separarme del *Independiente*; y como yo jamás consentiré en nada de eso, juzgo inútil mi presencia aquí y, con tu permiso, me retiro.

Y el joven se puso en pie inmediatamente y salió; el Chango le siguió sin decir palabra, bajaron la escalera, atravesaron el corredor, Pacotillas recogió de la sala su sombrero, y al decir adiós á Robles, éste, conmovido involuntariamente con la dignidad de Pacotillas, le dijo:

—Reflexiona aún, Paco.

—No tengo que reflexionar; de lo que creo mi deber no me apartan ni las promesas ni las amenazas.

## CAPÍTULO XIV

### El golpe

El Chango se quedó furioso, había perdido el tiempo, habían sido en vano sus halagos, sus ofertas; todo lo había rechazado aquel necio orgulloso, que no poca importancia se iría dando en esos momentos. ¡Qué niño había sido él! ¡cómo si no conociera demasiado á aquel soberbio! en fin, valía más, obraría con más

tranquilidad; por él no había quedado, antes había agotado todos los medios de conciliación y se había excedido á sí mismo en bondad. Le había llevado á su casa, le había sentado á su mesa, le había mostrado todas sus grandezas, le había hecho confidencias íntimas: ¿qué más podía hacer por aquel fatuo? No trataba así á todo el mundo, sabía darse su lugar, quizá ni al mismo Ministro habría cumplimentado tanto como á aquel engreído; y todo ¿para qué? ¡válgame Dios!...

Tal era el tumulto de pensamientos que, al retirarse Pacotillas, hervía en la cabeza del Chango. Para distraerse fué á buscar á Rosita, y penetró al abrigadísimo recinto de la alcoba, en que, entre mil colgaduras y cortinajes, aquella delicada dama se ponía á cubierto del ruido, del aire y de la luz.

Estos tres emblemas de la vida estaban proscritos de aquella alcoba, gruesos tapices amortiguaban los pasos, cortinajes no menos gruesos se extendían delante de las puertas, oponiendo impenetrables muros al paso de la luz. Un gemido desgarrador acogió al Chango cuando penetró en aquel asilo inviolable, y oyó una voz lastimosa que decía:

—¡Por Dios, Juan! no andes tan recio, cierra bien esa vidriera, hazme favór de soltar aquella cortina. ¡Tengo unas punzadas horribles!

Rosita, que nunca había merecido menos ese nombre, estaba rebujada en un lecho suntuoso, hacía visajes y se apretaba la cabeza con las manos. Su esposo, cumpliendo las órdenes recibidas, y, andando de puntillas, se acercó á su cara mitad, diciéndole con melífluo tono: